

# CALIDOSCOPIO

ENSAYOS, MONOGRAFÍAS, BIOGRAFÍAS, CUENTOS, CRÓNICAS Y POEMAS

de ayer, de hoy y de siempre

Al cuidado de Julián Marchena

Se ruega tomar nota de que invariablemente no será publicada ninguna colaboración que no haya sido solicitada, ni se hará devolución de originales

## Las últimas declaraciones de Don Ricardo Jiménez \*

Día dos de enero, año 1945. Al promediar la tarde llegué a la casa amiga de don Ricardo, a quien encontré solo en el despacho, sentado frente a su escritorio, haciendo cuentas. Hacía cuatro días no lo visitaba, y al volverlo a ver tuve la impresión de que estaba más pálido, más envejecido, más cansado de como lo encontré el treinta de diciembre. Desde hacía unos tres meses don Ricardo cedía ante los embates de la edad. Una especie de desaliento espiritual se hacía presente con frecuencia en sus frases y comentarios. En octubre, al entregarme los manuscritos inéditos de su hermano don Manuel de Jesús, valiosísima colección que está editándose, me había dicho: Ya me voy a morir. Desde aquel día, no bien lo veía o me acordaba de él, y ya tenía presentes esas palabras, dichas con naturalidad y seguridad absolutas.

Aquella tarde la luz entraba gloriosa por las ventanas del despacho y allá a lo lejos, sobre el fondo del cielo claro, se destacaban las montañas azulosas del suroeste. Frente a nosotros se inclinaban, al paso de las ráfagas del viento fresco y vocinglero del verano, las altas copas de los árboles del Parque Nacional.

Tres horas duró nuestra plática de aquel día. La última con aquel hombre a quien durante veinticuatro años frecuenté asiduamente. Como siempre, comentamos las cosas del día, los asuntos del país y las noticias del mundo afuera. Quiero dejar escrita la reconstrucción de las últimas ideas que me expresó antes que la memoria infiel las pierda. Me es fácil hacerlo, ya que durante veinte años he reconstruido su pensamiento para los periódicos en la misma forma que hoy reproduzco las palabras de su última larga conversación conmigo. Don Ricardo jamás me dictó sus reportajes. Conversaba conmigo durante un rato y me exponía sus puntos de vista. Luego yo, el mismo día o al día siguiente, reconstruía lo que me había dicho, lo redactaba y lo entregaba a la publicidad. Iniciada esta práctica, al poco tiempo ya tenía confianza completa en mi discreción y hablaba con toda amplitud. Confianza en que yo sabría distinguir entre lo que debía publicarse y lo que debería ser guardado u olvidado. De Presidente o de simple ciudadano, su pensamiento no tuvo valladares cuando estábamos solos. Y me preció de no haberlo metido jamás en una dificultad.

Aquel día nos sirvió de tema la situación política del país, que llegaba a uno de sus momentos agudos con sucesos que se habían producido la noche del treinta y uno de diciembre y en que anduvieron mezclados gobiernistas, cortesistas y comunistas. Desde la propia casa de don Ricardo se oyeron los balazos que esa noche se dispararon frente a la Presidencia, a cien varas de distancia.

Seguimos —me dijo don Ricardo— en plena lucha política. Eso debe gustarle a los ticos, porque esta tempestad no se tranquiliza desde hace seis años. Ni hablan de otra cosa, ni piensan en otra cosa. Intrigas, ambiciones, cacerías, envidias, nostalgias, y ni una sola idea levantada. Todo rastrea. Y todo se mueve al impulso de un viento de demagogía que sale de arriba y de abajo, de la derecha y de la izquierda. Y por debajo de las palabras, las corrientes invisibles del grosero materialismo, la caza de las riquezas y de las prebendas. Decía Napoleón que raspando un poco al ruso, con las uñas solamente, se encontraba debajo al tártaro sembrábase

ro y primitivo. Aquí, mirando fijamente tras la cortina de humo de la palabrería, se encuentra siempre al politiquero, al ambicioso de poder, al vanidoso pavo real que no tiene otro fin que vestirse de Presidente, o de Ministro, o de líder popular, sin una sola noble idea de política. Naturalmente que hablo de lo más abundante y corriente, porque aquí puede decirse como de la casa de orates, que ni son todos los que están, ni están todos los que son.

Claro que no todo es malo ni todo es vil cobre. Hay en el fondo de las conciencias humanas fuerzas capaces de reacciones inesperadas, como hay en los pueblos reservas que en cualquier momento se levantan y atajan la ruina y vadean los despenaderos. A lo largo de nuestra historia nacional, no obstante las pasajeras dictaduras, los cuartelazos, las imposiciones del poder o de la plutocracia y de las constantes equivocaciones del gobierno, vemos que puede contarse siempre con una corriente salvadora que llamamos "el buen sentido del costarricense". Ese buen sentido, que no hemos estudiado lo suficiente, es al parecer una cosa sencilla cuyos frutos parecen también sencillos y lógicos: orden público, respeto a las instituciones, miedo a los desbordes, cariño al hogar, a la yunta de bueyes, al "cerquillo", amor a la vida tranquila y deseo de que haya siempre un buen gobierno, es decir, un poder director de los asuntos públicos que no pese mucho sobre los hombres, que sea paternal y justo. No quiere esto decir que no haya cabezas calientes y ambiciosas, y sobre todo trapizondistas y engañadores desvergonzados, capaces de todos los chanchullos y mistificaciones políticas, capaces de robarse la Catedral si se les pone a mano y de hacer mangas y capirotos con la voluntad de los demás. Por obra de éstos, nuestra democracia va de cabeza al abismo. El día que las decepciones sean mayores habrá dejado de existir la República. Porque ésta vive mientras haya fe en las instituciones. Pero si empezando por la del sufragio hemos llegado a verlas todas convertidas en simulaciones y en farsas para regodeo de cuatro vivos, y se llega a mirar con desprecio el voto, el poder, la justicia y sus tribunales, y el Congreso sigue siendo de crédito del país y el Ejecutivo festín de Baltazar, la República se extinguirá en una decadencia que no tendrá, como la romana, los fulgores geniales del arte.

Los jóvenes que ahora están mirando el medio en que han de hacerse hombres, si no se aplican a estudiar historia y a discernir bien para separar la paja del grano, serán arrastrados por la corriente imperante y nuestras esperanzas de recuperación serán cada día más entecas. No es, por cierto, el mejor, el ejemplo que da hoy Costa Rica a su juventud. Sin embargo, yo confío en esas fuerzas del buen sentido y de la justicia, en los ideales de que ahora todos se burlan, y que no utilizan más que como "camouflage", para que volvamos, los de arriba, los de abajo y los del centro, al camino costarricense que nos dio buena fama en el mundo y en el cual vivió el país una vida serena, de trabajo y honestidad en que pudo avanzar material y moralmente. Bismarck hablaba de las fuerzas imponderables con las que había que contar siempre y que suelen ser más potentes que las materiales. Hitler se echó a la guerra con tanques, cañones

Reportaje tomado por su amigo, el excelente periodista D. Joaquín Vargas Coto, cuando el ilustre patriota se hallaba a escasos días de su muerte.

1859 - 1945

\*Hace tres días se cumplieron veintidós años del fallecimiento del gran repúblico.

y aeroplanos, capaces de dominar a las potencias. No contó con los imponderables de que hablaba el Canciller de Hierro, su compatriota. Los imponderables estaban en el espíritu de resistencia indomable de los ingleses, en el alma acerada de Mr. Churchill que, cuando los años pasen, se verá que valía mucho más que mil cañones, pues con su palabra ha sabido mantener la fe del mundo entero. Los imponderables estaban en la clara visión del Presidente Roosevelt que pudo señalar a su pueblo, y a la América toda, el camino de la salvación aun a costa de grandes sacrificios. Los imponderables estaban en el choque de la dictadura alemana con la dictadura rusa. Las dos, similares en tantas cosas, tenían que excluirse y repelerse como polos eléctricos. Una tuvo la mala fortuna de lanzarse contra las democracias, la otra se vio obligada a alinearse con las democracias y así se salvó. Porque Alemania, será cosa de más o menos esperar el fin, a estas horas está aplastada. No digo bien al decir Alemania, que el espíritu luminoso de ese gran país se salvará para bien del mundo. Digo el hitlerismo, el viejo prusiano guerrero y estúpido. Nosotros debemos, en nuestra pequeñez, contar con las fuerzas imponderables, con las que no se tocan ni se ven, con las fuerzas ideales que en un momento germinan y se desarrollan y se vuelven poderosas como una creciente de río que todo se lo lleva.

A pesar de todas mis decepciones y mis derrotas en los campos ideales, yo confío en la democracia. Pienso que será la doctrina del porvenir para gobernar a los pueblos, y en lo más lejano del futuro, para regir al gran pueblo humano. Una democracia liberal, económicamente socialista, una vuelta del hombre a los días felices de la leyenda en que no había tuyo ni mío, sino bienes comunes para la comunidad común. Pero a eso no se llegará jamás ni a latigazos ni por la fuerza de la violencia. Mientras haya vencedores y vencidos habrá odios y el odio no construye más que catástrofes. La evolución tiene que venir de la altura, de las únicas fuerzas permanentes e inmortales, que son las del espíritu. Mientras éstas no imperen, a balazos y a latigazos no se podrá hacer la felicidad humana. Yo creo, a despecho de todas nuestras caídas y de los pasajeros eclipses que se producen en nuestra democracia, que los costarricenses hemos seguido un camino mejor que el de muchas otras sociedades. Nos salva nuestra pequeñez insignificante. La pureza etnológica pienso que tiene también su importancia en la evolución que el país viene experimentando desde los albores de la república.

Los ticos son, por suerte, como las mulas de noche en los malos caminos, que parece que huelen los precipicios. Los va salvando el instinto. Desconfiados, nunca se precipitan; calculadores, miden despacio las posibilidades; disimulados y cazurros,

conocen bien el camino de su casa y con los más sencillos campesinos es preciso conocerlos mucho para no equivocarse con ellos. Por eso las doctrinas importadas no encuentran aquí, como en otros medios, una acogida entusiástica. Los costarricenses poco a poco van rumiando las cosas y adoptando lo que les conviene y apartando lo que no entienden muy bien o en lo que olfatean peligro. El comunismo, que es doctrina de avanzada, no pegará en Costa Rica hasta que no se haga a la tica, sancionado en nuestro propio fuego de leña de café y servidos con nuestra salsa. Cuando uno lee el vocabulario, los métodos y el modus operandi del comunismo en otros países, llega a comprender que los apóstoles de esas ideas en Costa Rica han cometido el gravísimo error de adoptarlos para su lucha y propaganda entre nosotros. De manera instintiva el pueblo rechaza esa manera de presentar las cosas, de usar expresiones y léxico violentos, iguales a los que en otros medios tal vez fueran propicios, pero que aquí asustan a las gentes y las ponen en guardia. De mi liberalismo nadie puede dudar. Yo pelearía si un día a los comunistas costarricenses se les quisiera restringir sus derechos de hacer propaganda, de reunirse, de elegir y de ser electos y los defendería si, contando con la voluntad nacional, se pretendiera cerrarles el camino del poder que hubieran conquistado legítimamente. A mí el comunismo no me asusta, porque esa ideología para que impere en el país, tendrá que hacerse tica como se han hecho todas las ideologías políticas, económicas y filosóficas que han pegado y perduran en nuestro país.

Por otra parte, el país necesita una evolución económica hacia la justicia. Lo humano y natural es que el privilegio no exista. Locura es pensar en la absoluta igualdad entre los hombres pues habrá siempre unos afortunados que marchen a la cabeza, es decir, una especie de aristocracia democrática que, para bien de los pueblos, deben ser los conductores. Pero los privilegios de la casta, del dinero, de la gema, son lesivos a la dignidad humana. En el mundo futuro será la supremacía del talento, del técnico y del genio. Y del más equitativo reparto de los dones materiales, que son los únicos que se pueden repartir, entre todos los trabajadores de la tierra, entendiéndose por trabajador el que produzca para la comunidad, desde el sabio y el artista hasta el barrendero de las calles. Será el mundo distinto al de hoy, en el que las voracidades del materialismo producen las guerras y los odios, halagan los bajos instintos y las codicias humanas, alientan las envidias y en el que triunfan los demagogos. Será el mundo sereno y libre de debate ideológico, de un progreso tan extraordinario que esta edad que nos deslumbra va a parecer a los hombres que vivan entonces —nuestros nietos o bisnietos—, una era de inconcebible atraso y de ignorancia. Claro que las grandes cumbres espirituales no serán derribadas, ni muchas de sus concepciones sobrepasadas. La doctrina de Cristo de amaos los unos a los otros y del bien por el bien mismo, eso no podrá eclipsarse jamás. Los hombres dirán palabras nuevas y frases nuevas, pero no podrán inventar ideas nuevas para sustituir el bien, la justicia, la libertad, la fraternidad. Shakespeare y Goethe serán luces eternas en el pensamiento y Miguel Ángel y Leonardo en el arte.

Nos ha tocado vivir este siglo XX que es como el barco que en

la inmensidad del Pacífico se encuentra de pronto en medio de una sucesión de tifones. Hasta ahora el siglo cumbre de la historia humana me sigue pareciendo el pasado. La era de los ochocientos fue fecunda en obras de arte, en transformaciones, en ideas. Nacieron el liberalismo y el socialismo, las revoluciones inglesa y francesa dieron sus frutos de democracia y libertad, la idea republicana se afianzó en la conciencia de los pueblos, se cuajó la independencia del nuevo mundo, se extendieron las ideas de arbitraje internacional, de tribunales para dirimir los conflictos, se abolió la esclavitud, surgió el parlamentarismo, nació la máquina de vapor, el ferrocarril, el telégrafo, el cine, el avión, la medicina y la cirugía avanzaron. Pasteur y Lord Lister dieron su contribución rectora, los gobiernos comprendieron que su deber era instruir, educar y sanear a los pueblos, se fundó la unión postal universal, la imprenta lanzó por millares los tomos de las mejores obras y las puso al alcance de todos, se compuso la mejor música, se pintaron cuadros extraordinarios y se escribieron libros geniales. Filósofos y pensadores fijaron nuevos ideales. La política cobró altura y surgieron los políticos nobles. Es verdad que alrededor de ellos surgieron también los "políticos" que llaman los yanquis, esto es, nuestros abundantes politiqueros simuladores y vividores.

Fue también el siglo de Lincoln. Ese hombre vale para mí más que ningún otro ser humano: por idealista, por sencillo, por humilde, por la nobleza de sus pensamientos claros como agua pura, por su vida ejemplar y por su martirio y por su largo sufrimiento, no por el tiro del asesino y su agonía, sino en su trato con los hombres y con las bajezas de los hombres. Su discurso de Gettysburg, desdeñado de cuantos lo oyeron, es como un capítulo del Nuevo Testamento que debiera agregarse a las más elevadas parábolas de Jesús.

Nos ha tocado en los noventa la estación de las borrascas. Si se considera despacio la actualidad vemos, por un lado, mucho adelanto material, mucho progreso. Por el otro, decadencia espiritual, vuelta del hombre a la violencia. Surgen ideas viejas de redención o de mejoramiento de acuerdo con lo que predicaban sus líderes. Las acogen los pobres hombres deslumbrados por la palabrería, y porque el que se está ahogando agarra un clavo al rojo, y desesperados por la miseria y la injusticia, se ilusionan creyendo que encuentran el camino de las reivindicaciones. Se apodera de ellos un fervor mesiánico, enloquecen y van a dar a las guerras, a las espantosas hecatombes o a las cadenas que les ciñen los dictadores. Como en el capítulo de Don Quijote, decepcionados tienen que decir al final: con la iglesia hemos dado, Sancho. Y es que la violencia no ha sido nunca edificadora estable, ni la dictadura resistirá nunca el poder de la libertad que el hombre busca por instinto natural, imposible de vencer jamás.

Por estos campos iba nuestra conversación cuando llegó don Fernando Muñoz, amigo leal y fiel de don Ricardo. Se anunció que el café estaba servido. Y de la mesa, cuando se iniciaba otra plática sobre generalidades que don Ricardo salpicaba con cuentos y anécdotas, nos levantó la llegada del Príncipe Segismundo de Prusia que tenía algún negocio judicial que atender. Pasamos de nuevo al despacho.

# Las últimas...

Viene de la Pág. 27

Cuando el Hohenzollern salió, don Ricardo pidió un automóvil para ir a hacer una diligencia a la Legación de España. Frente a su casa me despedí de él, y se fue acompañado de Muñoz.

Fue la última vez que lo vi de pie, en traje de calle.

La tarde estaba fresca y el sol, oculto por nubes blancas, ya caía en las lejanías del poniente. Don Ricardo me parecía más pálido, más alto, más delgado. Estreché su mano, fría y sarmentosa. Cordial y generosa mano de viejo que conmigo fue paternal.

Dos días después, en su lecho mortuario, aquellas manos largas, aristocráticas, estaban cruzadas sobre el pecho. Del rostro, de pálido marfil antiguo, habían huido la luz de la vida y el relámpago de suprema inteligencia que lo iluminaba.

Don Ricardo había llegado al término de su jornada. Triunfos, decepciones; algunos ratos felices y largas horas de callado sufrimiento.

Don Ricardo descansaba al fin, plácidamente. Que la tierra que tanto amó, la tierra patria, sea para él lecho blando y cariñoso.

**Joaquín Vargas Coto**